

ARMAGEDÓN

17 de septiembre. Juan de Reyes había tenido un día duro. Una de las burras de su yunta había malparido en mitad de la noche y llevaba despierto desde las cuatro de la madrugada. Esa misma mañana, al rayar el sol marchó a la vecina villa de Aldereyte para que Pedro el “Cucaña”, el santiguador, curase a la bestia. Todo fue en vano; el muleto estaba vivo, pero su madre murió sin remedio. Además, todavía estaba preocupado y molesto porque hacía unos días que se había peleado con un paisano suyo hortelano que había regado a hurtadillas el día del Cristo sin su consentimiento y no estaba de humor para convencer al párroco y que mediase en la disputa. Habría pleito, seguro, pero primero hablaría con el escribano, a ver qué le aconsejaba. Tal vez se podría hacer el enconradizo con él en el mesón; estaría buscando clientes, dedujo.

Juan había andado todo el día cabizbajo. Se había quedado viudo años atrás y las cosas no le iban tan bien como antes. Más aún, todavía no había arreglado el matrimonio de su hija María. Con algo más de 16 años, ya tenía edad para pensar en tomar estado y se decía que un mozo del lugar sin posibles estaba tonteando con ella, incluso le había cantado los mayos con otros amigotes y le había tirado ramas de atocha a su ventana, como hacían los enamorados con las chicas a las que *pretendían*.

Sin embargo, no toda la jornada había sido de pesadumbres. A mediodía había almorzado con su primo Mariano. El padre Mariano era un jesuita exclaustrado de la Compañía, con fama de dicharachero, gran lector y mejor bebedor. Le trajo noticias de Guadix, donde se ganaba la vida como maestro de primeras letras, burlando la expulsión dictada por Su Majestad un año antes. Juan de Reyes, un analfabeto que apenas sabía garabatear su firma, admiraba su cultura y disfrutaba de su carácter apacible y bonachón ¡Lástima que estuviese tan enjuto! Parecía enfermo, no parecía ni cura, coño.

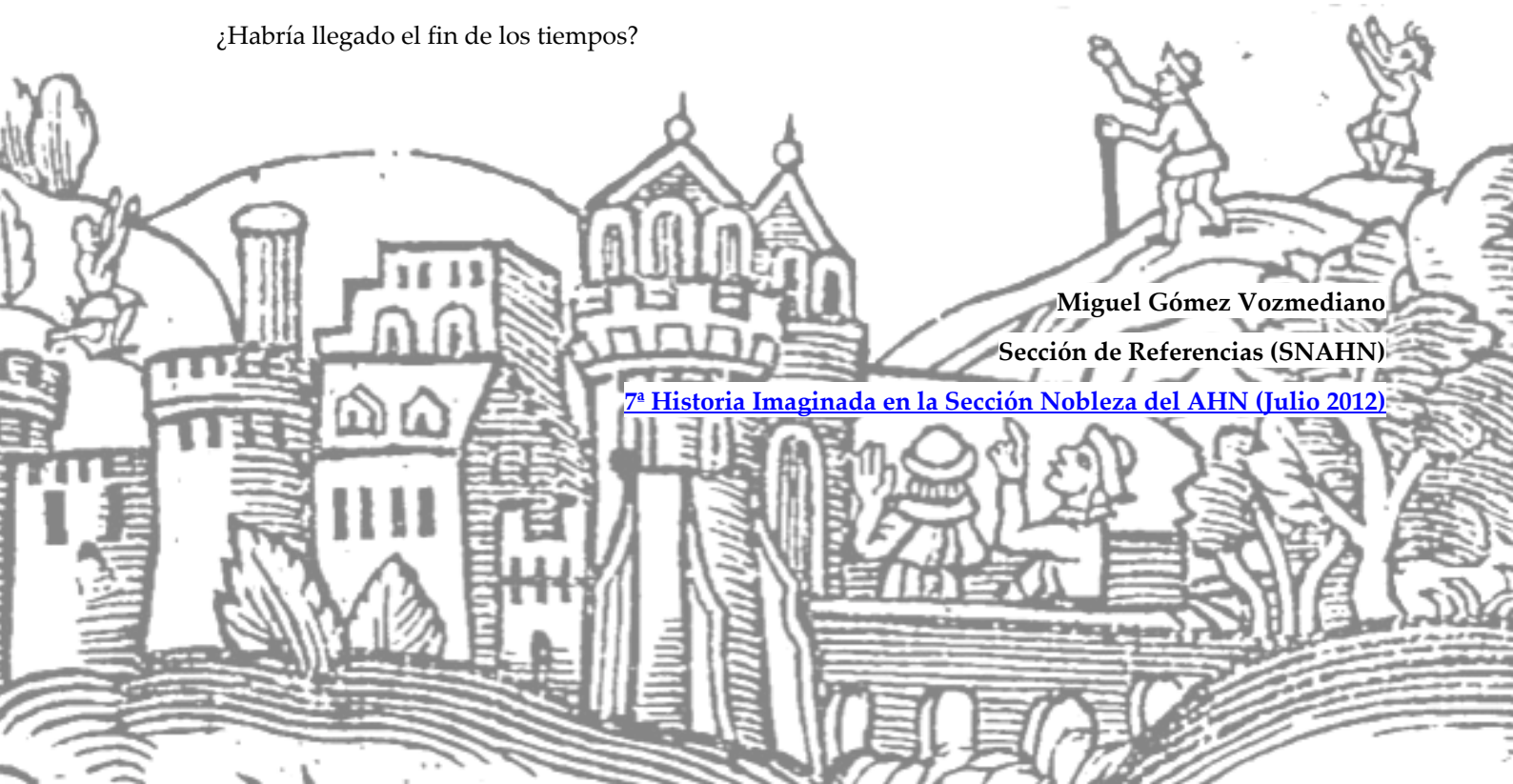
Se hospedaba en su casa, donde cenaron al anoecer. Lucía, la criada, les hizo unas tajás adobás que acompañaron con unas buenas rebanás de pan y un poco de queso de oveja, viandas que regaron con frecuentes tragos de vino tinto aguado.

-Ya que me han quitado el agua, por lo menos que no me quiten el vino, pensó para sus adentros.

Después de una animada charla, donde se habló de lo divino y de lo humano, el anfitrión decidió irse a la cama ¡Estaba agotado con tanto ajetre! Mientras tanto, su primo se quedó bajo las parras del patio de la casa, tomando el fresco; a la sombra del candil, ojeó un libro de Anastasio Kircher, el jesuita más erudito de había parido Alemania. Estaba en latín pero para él no era un problema. Hablaba de cometas errantes y de otras maravillas del Cielo ¡como si en el Cielo hubiera algo más importante que Dios! Se llevó el librito a la cama y se durmió tarde, enfrascado en su apasionante lectura y molesto con un mosquito trompetero que no le permitía conciliar el sueño.

Los gallos cantaron al rayar el sol. Poco a poco, todos los habitantes de la casa comenzaron a despertarse. Un caldero de migas se estaba tostando a la lumbre y toda la cocina estaba inundada de un aroma a pan caliente y leche recién ordeñada que despertaba los sentidos. Juan aún estaba galbaneando cuando oyó un estruendo, saltando del camastro como un resorte. Toda la gente que había en la casa, amos y criados, salieron por la puerta de los trascorales y se congregaron junto a sus paisanos, en la plaza del pueblo.

Hombres y mujeres gritaban señalaban al Cielo. Hasta el *pater*, semidesnudo, deambulaba sin sotana entre el gentío y los perros ladraban de forma ensordecedora. Todo era asombro y aturdimiento, la mayoría se echaba las manos a la cabeza y los niños lloraban ¿Habría llegado el fin de los tiempos?



Miguel Gómez Vozmediano
Sección de Referencias (SNAHN)

[7ª Historia Imaginada en la Sección Nobleza del AHN \(Julio 2012\)](#)